

MEMPO GIARDINELLI

ESTO NUNCA EXISTIÓ



Para Rosário Pedreira y Manuel Valente

*y el olvido es apenas un destello invernal
desde otro reino*

Olga Orozco

1. Yará

(Día 2. Miércoles, 18:15 horas)

Miraba al tipo como hipnotizado y sintiendo el mismo frío intenso y súbito que se siente cuando ves que te mira una yará desde una esquina del jardín, y en el acto te das cuenta de que no tiene otro camino que pasar entre tus piernas.

Así miraba yo a ese hombre, con todas las alertas encendidas pero a la vez como sin verlo y con la actitud estúpida del que sabe que en efecto está siendo hipnotizado. No se puede no mirar fijamente al bicho, mueva o no su maldita lengua, y en ese instante todo lo que uno sabe, lo que absoluta y malditamente uno sabe es que en ese instante cualquier cosa que suceda en el universo habrá dejado de tener importancia. Todo lo que querés es salir de ahí, pero a la vez te frena saber o pensar o creer que al menor movimiento que hagas la serpiente va a picarte con velocidad de mosca.

Era mi vida la que estaba en peligro y yo sabía perfectamente cómo eran las cosas. Ahí en el *Florida Garden* o en la China, cuando se siente pánico el impulso instantáneo es el de salir corriendo. Y aunque todo en ese hombre vestido con elegancia de billetera gorda aparentaba serena normalidad, a mí me resultaba imposible observarlo de otro modo: era una yará que me miraba fijo y a la que yo contemplaba con la

natural perplejidad de quien mira caer una lluvia de cianuro sobre la plaza del pueblo.

El tipo era un gigantón. Muy alto y de contextura imponente, debía medir un metro noventaipico y pesar por lo menos ciento veinte kilos. De caja ancha, como camión de carnicería mayorista, además de grueso y de hombros altos tenía pies planos, lo que le daba un aire medio estrafalario al caminar. Claro que él lucía el típico desplazamiento henchido de superioridad de los jefes ricos y poderosos que se saben o se sienten por encima de los demás. Y aire que sabía explotar como el patrón de circo que era. También ligeramente panzón, se chismoseaba que usaba fajas pero a su modo lucía siempre elegante y seguro. El pelo castaño, de corte impecable, inauguraba las primeras canas, y los anteojos de carey color naranja, que a mí me parecían de plástico, le daban un toque de modernidad bonachona, algo canchera, como de cura irlandés de esos de película que un día llegan a cardenales porque el Papa de turno decide protegerlos de los imparables rumores de pedofilia y violaciones en exclusivos colegios de Aberdeen o Glasgow. O de San Isidro o Las Lomas, desde luego.

Pero este gigantón espigado e imponente no era cura ni irlandés, y su apellido era gallego aunque obviamente con él no se valían chistes. Digamos que era Pérez y García, y que todo el mundo empresarial y periodístico argentino chismorreaba vulgaridades sobre él pero se inclinaba ante su poder y su influencia sobre la milicada que había asaltado la república tres meses antes.

Don Raúl Pérez García era muy consciente de ello y su talento consistía en disimularlo, aunque nunca del todo como es habitual en esa clase de personas que están siempre en, o muy cerca, del poder. Y este gigantón tenía muchísimo poder, todo el que quisiera, y por eso y porque lo sabía y le encantaba se movía

con la seguridad de los grandotes de barrio: fanfarrón, paquidérmico y suficiente. Y como además de pies planos debía tener juanetes ferrosos, deformaba los zapatos —todos los que le conocimos, de Grimoldi, Guido y otras marcas carísimas— en el mismo punto de flexión, como si su modo de andar lo condenara a un vaivén medio derrengado como el de los caballos de carrusel de las plazas, siempre algo inclinados hacia el exterior.

Yo solía pensar que tanto poder debía excitarlo, porque era un tipo frío, calculador y hermético, y sensible como una ura. Un tipo con el que no querías ser uno de los dos únicos sobrevivientes de un naufragio.

Y encima yo apostaba a que sus anteojos eran nomás de plástico. Como su corazón, si acaso tenía.

Nervioso y tenso, mi única opción era sostener su mirada de yará, de apariencia mansa y serena pero con los ojos clavados en mí, observándome con lo que me pareció una absurda piedad. Era una mirada en cierto modo sobradora como la de los polis cuando te detienen en la carretera y gozan con tu nerviosismo.

Viéndolo tragar como tragan los sapos, que miran fijo y sin expresiones, yo trataba de mantenerme sereno como ese mozo vestido de almirante que lo miraba arrobado, con su uniforme blanco impoluto y pinta de ser el capitán del primer piso del *Florida Garden*.

Y aunque no lo conseguía, trataba de ser consciente de que no sentía nada, ni siquiera sorpresa, mientras ratificaba que a pesar de todo mi rápida y difícil decisión de llamarlo esa mañana y pedirle esa cita había sido la correcta.

2. Visitas

(Día 1. Martes, 17:40 horas)

El día anterior, martes y a eso de las seis y media de la tarde, que eran el día y la hora de cierre de todas las secciones fijas de *Séptimo día*, el semanario ilustrado en el que yo trabajaba en la editorial Civilia, y mientras miraba el Río de la Plata pensando en la bella melancolía de Buenos Aires cuando algunas tardes el sol flaco se diluye como el de los atardeceres en la alta montaña, me había llamado por teléfono Juan Felipe Laffrange, de la entonces muy prestigiosa editorial Impresada, donde dirigía dos de las colecciones literarias más importantes del país y quizás de Latinoamérica y donde se refugiaba todas las tardes a partir de las cinco para leer originales y vivir en otro mundo.

Laffrange era editor jefe en esa empresa, pero venía a Civilia una vez por semana para entregar su columna de «Literatura» en la redacción de *Séptimo día*, que era una de las dos revistas más populares y leídas del país. Con tirajes de trescientos mil ejemplares por semana, aun así no alcanzaba a *Nosotros*, la publicación tilinga por antonomasia que se ocupaba de la gente linda, blanca y con mucho dinero, y que parecía leer todo el mundo acaso porque era irrecuperablemente frívola y por eso mismo tan popular en una ciudad esnob como Buenos Aires.

No éramos amigos, pero él había aceptado mi primera novela para publicarla en una de las emblemáticas colecciones de Impresada. Y en el último año habíamos comido y bebido un par de veces, intercambiado ideas sobre literatura contemporánea y redondeado el contrato que finalmente nos ligó y que a mí me honraba porque Impresada era la más prestigiosa casa editorial del país. Juan Felipe había creado una colección llamada “Contemporáneos”, que desde hacía muchos años publicaba lo mejor de la literatura argentina y latinoamericana, con portadas originales de Luca Montessori. Tengo todavía algunos ejemplares de esa colección, salvados del fuego y de mis miedos. Novelas y cuentos de Miguel Ángel Asturias, de Alberto Moravia y Syria Poletti, el *Huasipungo* de Icaza, *El Proceso* de Kafka, todo Kordon, todo Gálvez, *Los capitanes de la arena* de Jorge Amado y también algunas obras de Martha Lynch, Sara Gallardo, Silvina Bullrich. Si ya era un honor para mí saber que Soriano, Gelman y Orozco trabajaban, pisos más arriba, pisos menos, en la misma editorial Civilia en la que yo era delegado gremial, y posiblemente votado por ellos, mayor fue mi encanto cuando Laffrange aceptó leer el original mecanografiado de mi primera novela, aspirante a esa colección.

Varios meses después, casi un año y perdida ya toda esperanza, y sumido en el obligado silencio discreto de todo joven autor no imbécil, Laffrange me dijo un día y como al pasar, los dos de pie en un pasillo, que le había «gustado» mi «novelita» (así, en diminutivo, como para que no me creyera la gran cosa) y pensaba incluirla en el plan editorial del año próximo. «Te llamo un día de estos, Pancho, y venís a Impresada y charlamos», había cerrado amistosamente antes de seguir de largo.

Y yo no supe si era justo o excesivo, pero sin quererlo y con esas palabras ese hombre que etariamente podía ser mi padre

me había colocado en otro mundo. Uno que, en el contexto de aquel país desesperado, parecía creado fugazmente para mí aunque con alto riesgo de fenecer en la parición.

Por cierto, no he dicho todavía que mi nombre es Francisco Amaro Villafuerte, soy provinciano y quienes me conocen me llaman Pancho —y algunos chistosos, Pancho Villa— y esto sucedió hace muchos años, cuando sólo habían pasado tres meses desde el último golpe de Estado y el invierno de aquel año era crudísimo y se esperaban inusuales nevadas sobre Buenos Aires.

Para mí lo dicho por ese hombre reverenciado en la UBA y de hablar escueto e imprecisablemente irónico, había desencadenado una pequeña catarata de sueños hermosos pero frágiles, como eran frágiles todas las cosas buenas que sucedían en aquel país en llamas.

Quizás por eso ese martes, un año después, su voz en el teléfono me sonó extraña, hueca, inusualmente susurrante y más atemorizada que discreta y hasta con un leve temblor o vibración también inhabitual en él.

Con la urgencia de quien comparte un secreto, y sin pronunciar mi nombre, dejó caer tres oraciones urgentes y brevísimas:

—Recibimos visitas. Recién se fueron. Mejor andá a dar una vuelta.

Y cortó sin más y yo me quedé mirando el tubo negro como quien descubre una cucaracha en la sopa.

3. Tele

(Día 1. Martes, 18:03 horas)

Depositó el teléfono sobre la horquilla e instantáneamente alcé la vista como buscando algo en el televisor encendido que a toda hora reinaba en ese ambiente despersonalizado, ese largo piso cuyas ventanas daban a la avenida Leandro N. Alem, detrás de cuyo intenso tránsito se veían algunas grúas del puerto.

De pronto me sentí un amasijo de confusiones y no hice más que permanecer con la vista fija en la pantalla, asaz desangelado.

Esa tele era visible casi desde cualquier ángulo, estaba siempre encendida y muda, y en ese momento mostraba confusas imágenes de lo que parecía un incendio callejero, una especie de pira a la que policías o soldados en fila arrojaban lo que para mí eran obvios paquetes de libros, mientras con fría voz profesional una locutora daba cuenta de la noticia —censurada, fugaz, imprecisa— del incendio en las bodegas de la editorial Impresada, de la calle Alsina.

De pronto sentí un incontrolable fruncimiento en el esfínter, mezcla de espanto, incredulidad y pánico. Lo primero que hice fue marcar el teléfono de mi casa y lo segundo interrumpir esa llamada y empezar a vaciar mi escritorio de agendas, libretas y papeles que metí desordenadamente en mi portafolios. Mientras

lo hacía, silencioso y mirando con disimulo a mis colegas, concentrados cada quien en lo suyo, permanecí sentado frente a la Lexikon y traduciendo el anuncio de Juan Felipe: una perrada podía andar tras mis pasos y en consecuencia debía empezar a moverme. O sea, eyectarme a la calle sin saludar a nadie.

Sin embargo me quedé no sé cuánto tiempo con el teléfono pegado a la oreja y sostenido con el hombro. Entonces los teléfonos eran casi todos negros, de baquelita, y sólo los más modernos eran de plástico gris o color dulce de leche claro. Tenían una forma que se suponía aerodinámica: el auricular y la bocina redondos y unidos por un manubrio fállico que todo el mundo agarraba como tabla de salvación o cable a tierra, como años después sucedería con los celulares y demás parafernalias de la era digital. Me quedé aferrado al tubo, como se le llamaba, tratando de organizar lo que haría y de pronto dije «gracias, chau» al vacío y como para que nadie sospechara nada extraño. Juan Felipe ya había cortado, y con lentitud y precisión deposité el auricular sintiendo, como se dice vulgarmente, que en efecto corría el riesgo de hacerme encima.

El ruido de la redacción y el tecleo inarmónico de las Olivettis y sus mecanismos funcionando a pleno parecieron silenciarse de súbito para mí. Aturdido y con un desconcierto como el de las mariposas de la noche cuando giran alocadas alrededor de un farol, me mandé como un cohete hacia el baño, a un costado de los ascensores. Por suerte no había nadie. Oriné largo, me miré en el espejo y vi el tamaño de mi miedo, me lavé la cara y le dije al que estaba ahí que a ver cómo zafábamos.

Y lo primero era huir disimuladamente, rajarse de esa redacción.

Volví a mi escritorio, disqué el número del interno de Chela, que trabajaba siete pisos más arriba, y le conté velozmente y en voz muy baja y ronca el llamado de Laffrange. «No vuelvas

a casa —le ordené—. Buscá a Clarita y Benigno en el jardín y vayan a lo de Marian». Y colgué, sabiendo que entendería la alusión a María de los Ángeles, mi suegra.

Claro que yo no tenía certeza alguna de que todo fuera a salir bien. Lo había dicho con la seguridad de un juez corrupto o un comandante en jefe, pero con la convicción de un perro apaleado. Porque no tenía la menor idea de cómo iban a ser las cosas. A veces a los itinerarios hay que inventarlos sobre la marcha, con el zigzagado de los pájaros en días ventosos y la temeridad de la ardilla que huye del gato montés.

Marqué el interno del Ruso Komarovsky, jefe de redacción, y le dije que me iba al centro a buscar no sé qué cosa. «Andá nomás, Pancho» respondió meneando su cabezota, que yo veía desde donde estaba. Le dije lo mismo a Sergio Garay, que ocupaba el escritorio de enfrente, máquina contra máquina: «Salgo y no sé si vuelvo, hasta mañana». Él me miró por sobre la pipa que iba a encender y cabeceó un asentimiento. Era tipo de hablar poco, Sergio, hermético y con aire doctoral, de buen lector. Me puse de pie, recogí la mochila viendo que me miraba con curiosidad, y al abandonar de la redacción sentí sus ojos en mi espalda. No supe leer su actitud pero ya no me importaba.

Me fui resuelto y aparentando seguridad como hacen los fiscales provincianos, y poniéndome el saco mientras me mandaba escaleras abajo, salía a la vereda y me largaba a caminar por la recova de Alem hacia Retiro, sin rumbo todavía, o al menos sin haberlo trazado y simplemente aspirando el aire helado que venía del río y que me despabiló como un *cross* a la mandíbula. Por suerte ya era casi noche, que en la gran ciudad y con miedo podía ser un raro manto protector. La oscuridad suele ser amiga del que tiene miedo. Pero además yo sabía que todo estaba mal porque no se me ocurría ningún plan.

Y es que no había plan posible y eso era lo grave.

«Recibimos visitas. Recién se fueron. Mejor andá a dar una vuelta». Once palabras que repiqueteaban en mi cabeza mientras caminaba sin saber hacia dónde, como quien busca saber qué busca.

Al igual que cualquier burócrata al terminar la jornada, me daba cuenta de que si no era a mi casa no tenía adónde ir. Pero era seguro que irían a buscarme en algún momento, quienes fuesen, eso estaba implícito en el aviso de Laffrange. Entonces caminar era el camino y no estaba mal para pensar, porque hasta Belgrano tardaría como dos horas. Pero en el acto advertí que seguir andando sin destino era un plan idiota, porque precisamente mi casa era adonde no debía ir. Me di cuenta de que lo más probable era que no volviera nunca más a nuestro departamento de Belgrano, en Vidal y Juramento, donde en ese mismo momento Chela debía estar llegando en taxi para organizar una veloz evacuación con los chicos. Todo se derrumbaba en minutos y de pronto me sentía como quien tiene una brújula rota y en la penumbra no encuentra mano de la que agarrarse.